

REPORTAJES

MULEY HASSAN BEN EL MEHDI, JALIFA DE MARRUECOS, VISITA EL INSTITUTO «RAMIRO DE MAEZTU»

El Emir ofrendó a su padre el cuaderno-resumen de sus trabajos escolares

El Jalifa agradeció al Ministro los desvelos de España en la educación del Príncipe

EN el mástil más alto del Instituto «Ramiro de Maeztu» ondeaba al viento de la primavera madrileña, en la mañana soleada del 27 de mayo, el pabellón jalifiano, enlazado con las banderas nacional y del Movimiento. S. A. I. Muley Hassan Ben el Mehdi, Jalifa de Marruecos, Príncipe de los creyentes musulmanes, llegaba al Instituto, que había recibido el honor de albergar entre sus alumnos al joven Emir, heredero del Jalifato. Acompañaban a S. A. I. el Gran Visir, los Ministros musulmanes y las personalidades de su séquito.

Entre la albura inmaculada de las túnicas moras, la polieromía de los uniformes militares y las togas de los Profesores. Allí, las altas jerarquías de la docencia española: el Ministro, señor Ibáñez Martín; Directores generales de Marruecos y Colonias, señor Fontán, y de Enseñanzas Media y Superior, señor Pemartín; Secretario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, señor Albareda; Director del Instituto «Ramiro de Maeztu», señor Ortiz Muñoz; Catedráticos del Instituto, y Profesores de la Escuela Preparatoria.

Entre un bosque de brazos en alto y a los acordes del himno jalfiano, atravesó el Príncipe amorador de España la avenida central del Instituto, para dirigirse al campo de fútbol, en cuya arena formaban los escolares. Agrupados por cursos, saludaban rígidos los estudiantes. Entre ellos, como uno más, S. A. el Emir, alumno del tercer año de Bachillerato.

Unísonos y acordes realizaron los muchachos los movimientos. Gimnasia respiratoria y de flexión, para terminar formando, en el tiempo de un silbato del Instructor, con sus cuerpos tendidos sobre la arena, el «Viva Marruecos». Desde la tribuna, S. A. I. sonreía satisfecho. Después, el desfile de los estudiantes, y al frente, escoltando las banderas, el Príncipe Mehdi Ben Hassan.

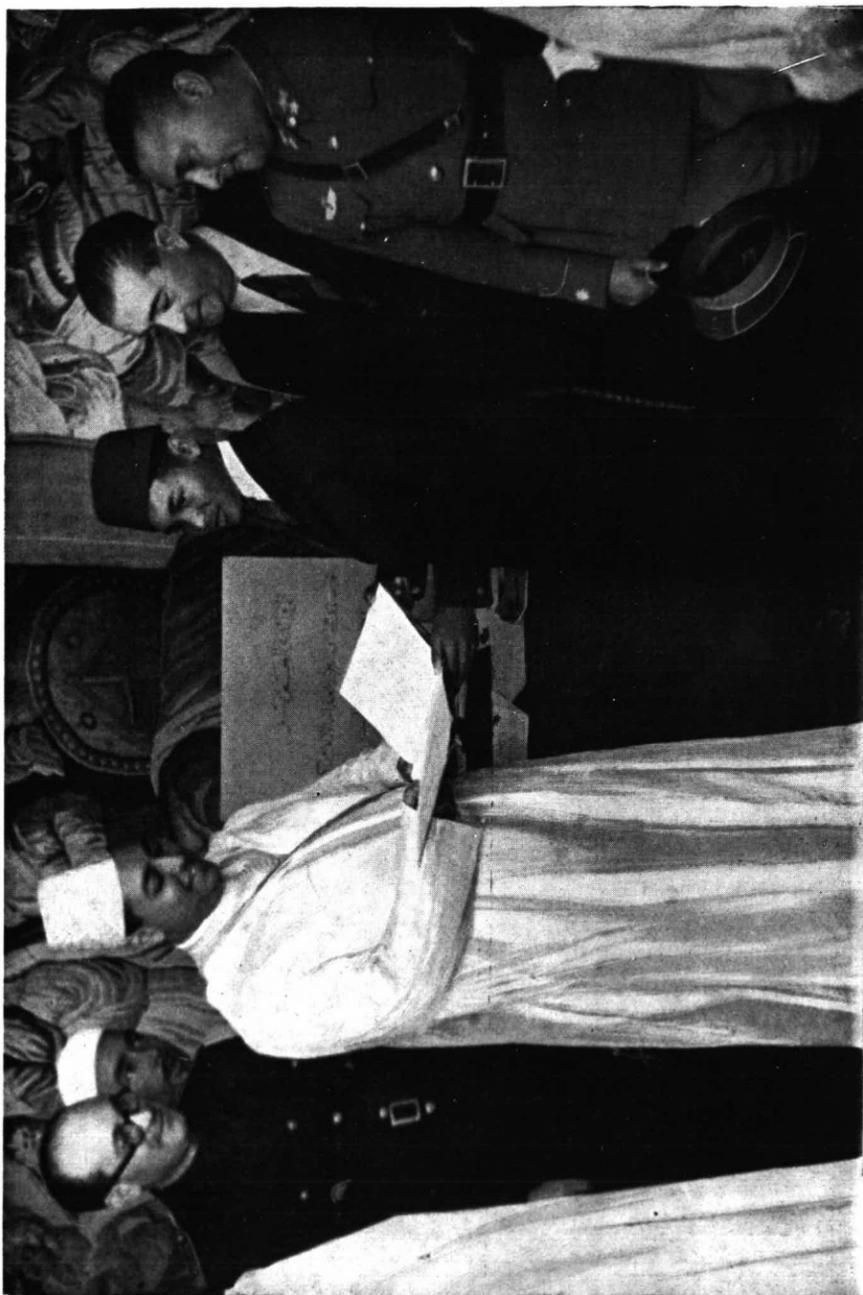
Salutación a S. A. I.

Detúvose el Jalifa ante la puerta principal del Instituto. Soberbios reposteros pendían de su clásica fachada. En el frontispicio, sobre fondo azul, aparecía escrito en caracteres arábigos dorados: «El Instituto «Ramiro de Maeztu» saluda a S. A. I. y se siente honrado en recibirle».

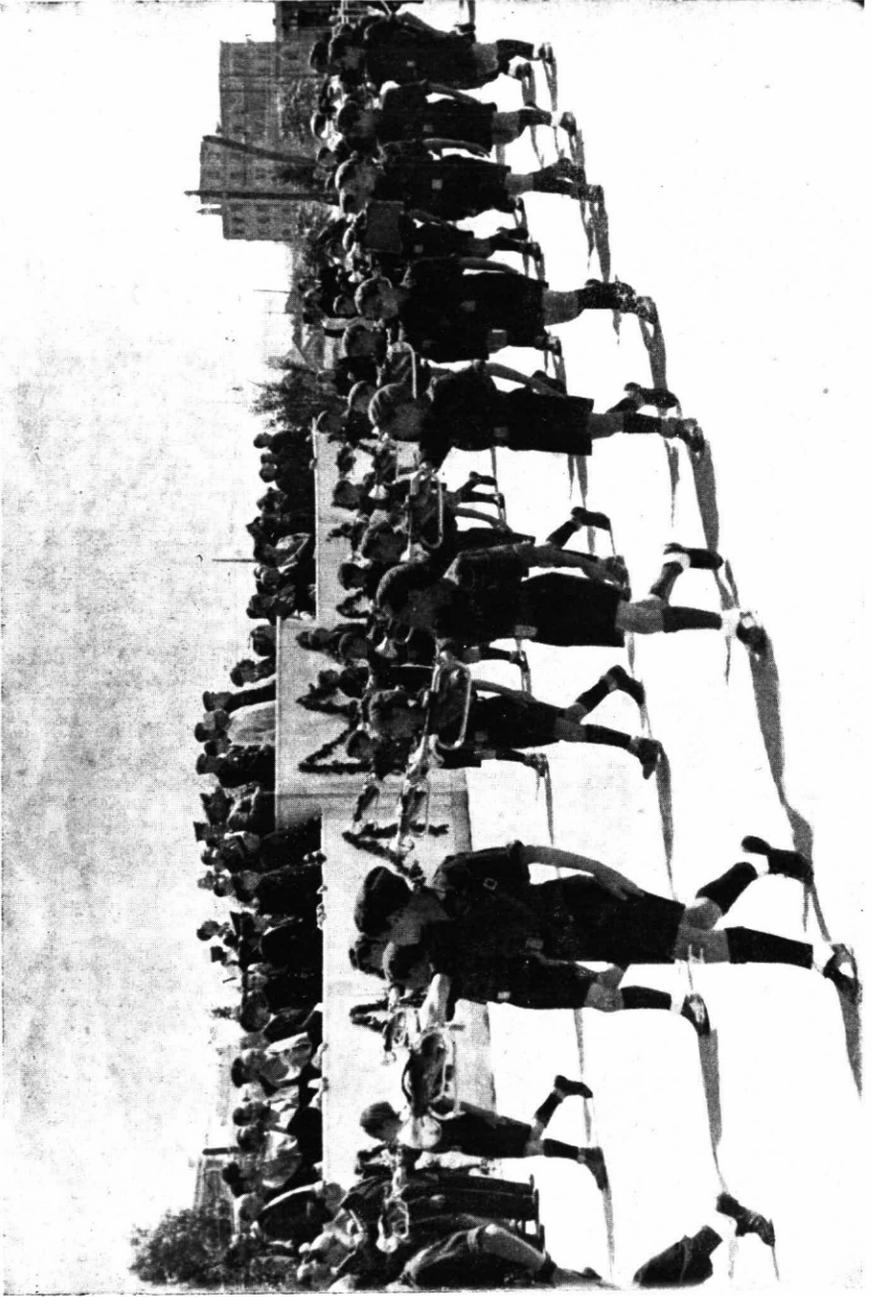
Ya en el vestíbulo del piso segundo, pudo admirar el Jalifa el homenaje del Centro a los voluntarios de la División Azul. Sobre la bandera española aparecían escritos, en una gran pandecta, los nombres del Profesor y los alumnos del Instituto que trocaron los libros por las armas en defensa de esa civilización, por la que también combatieron los soldados del Jalifa.

Su Alteza recorrió después la Exposición, exponente de la obra gigantesca desplegada por el Ministerio en los altos del Hipódromo y anuncio del futuro Instituto. Bocetos de la estatua ecuestre de Franco, que acertó a modelar con sumo acierto el escultor Orduna; de José Antonio, obra de Capuz; planos de la Cruz de los Caídos y de la fuente monumental, y amplio gráfico de los talleres profesionales, que sostenía los símbolos de las diversas enseñanzas manuales.

Luego, la vida escolar del Instituto, recogida en gráficos y car-



Su Alteza Imperial el Jalifa recibe de manos de su hijo el trabajo realizado por éste, durante el curso, en el Instituto Ramiro de Maeztu.



Desfile de los Flechas del Instituto ante S. A. el Jafía.

teles: competiciones deportivas, trofeos ganados por el esfuerzo y destreza de los alumnos; películas proyectadas en el Centro; visitas y excursiones; organización administrativa y estadística de estudiantes. Al lado de los datos psicotécnicos, los gráficos de primera enseñanza, redactados con arreglo a las más modernas orientaciones de la Pedagogía. Es la primera vez en España que se exhiben tales estadísticas y acusan los progresos de nuestros estudios pedagógicos.

La ofrenda del Príncipe

En la sala de los trabajos escolares, el Príncipe aguardaba la llegada de su padre. Entre los cuadernos de los alumnos musulmanes confundíase el del Emir. En sus páginas había resumido sus observaciones sobre las visitas a los Museos, centros fabriles, empresas importantes, y sus excursiones a los lugares históricos o de bellezas naturales, completadas con fotografías y gráficos. Sobre la portada, de color verde, campeaba la estrella jalifiana, y en la primera página, la mano de Su Alteza había escrito, con temblor de principiante, la siguiente dedicatoria: «Papá: He terminado los estudios correspondientes al tercer año de Bachillerato. Durante este curso he realizado una serie de visitas y excursiones que han venido a ampliar la cultura que poseía y que preciso para ser digno hijo tuyo. Fruto de esas visitas y excursiones es este cuaderno, que yo quiero cariñosamente dedicar a tí, con la promesa de que la laboriosidad será siempre el norte de mi vida.—Madrid, 25 de mayo de 1942.—**Mehdi Ben Hassan**».

Su Alteza sonreía satisfecho ante los progresos de su primogénito. No en balde había confiado su educación a España, cuyas autoridades docentes redoblan su celo y desvelos hacia el Príncipe.

Al lado de los trabajos del Emir, los de los demás escolares. Labores interesantes en las que cabe apreciar el ingenio y destreza de sus autores. Problemas de física o de balística, con resolución gráfica, figuras geométricas y de cristalografía; mapas de producciones; labores de disección; composiciones literarias en castellano, en

griego y en francés; dibujos e ilustraciones. También, los esfuerzos de los pequeños de la Preparatoria: trabajos de trenzado, recorte, plegados y dibujos de motivos marroquíes.

Una rápida visita a los Laboratorios de Química, Historia Natural y Física. Este último ofrecía todos sus aparatos en pleno funcionamiento, y así pudo S. A. contemplar su mano derecha al través de los Rayos X.

Cómo se educa un Príncipe

Había de recogerse para la Historia cómo España educa a un Príncipe. Ante S. A. I. el Jalifa pasóse un documental, filmado por el arquitecto del Ministerio de Educación, señor Sánchez Lozano, en el que se recogen diversas escenas de la vida escolar del Emir. En el celuloide aparece Su Alteza en las diferentes etapas de la jornada diaria, convividas con sus compañeros de estudio en íntima camaradería.

Cuando el Jalifa pasó por el gimnasio, encontró a los alumnos realizando diversos ejercicios, y al bordear la piscina, lanzáronse al agua los nadadores, que trepaban rápidos hacia el trampolín para trazar en el aire las clásicas piruetas.

Atravesó también S. A. I. la Granja de Experimentación Agrícola, donde los muchachos compartirán, con las tareas intelectuales, el aprendizaje de las labores de la tierra.

En las habitaciones del Emir

Entré vítores y aplausos, pasó el Jalifa al Internado Hispano-Marroquí. A su encuentro salió el Director del Internado, don Manuel Chacón, a quien acompañaban los niños musulmanes que con Su Alteza comparten las tareas escolares. El Jalifa los saludó con todo afecto, y, guiado por su hijo, recorrió las habitaciones del Emir, en unión del Ministro y demás autoridades. El pabellón del Príncipe aparecía exornado con profusión de ramos de flores y armas damasquinadas. Ante la magnificencia y perfección de las instalacio-

nes, S. A. I. hubo de mostrar su satisfacción y contento. En el salón árabe obsequió el Emir a su padre y autoridades con un refresco.

Cerca de las dos de la tarde abandonó S. A. I. el Instituto «Ramiro de Maeztu». Marchaba satisfecho y emocionado. Sabía España educar a un Príncipe. «Me marchó profundamente emocionado —dijo al Ministro de Educación Nacional— de esta visita y he de agradecerles las atenciones y desvelos que prodigan en la educación de mi hijo y de los alumnos musulmanes. En prueba de agradecimiento y en recuerdo de esta jornada, regalaré a los alumnos del Instituto el equipo de gimnasia.»

Los acentos del himno jalfiano envolvieron con los aplausos y los vítores la cordial despedida al Príncipe amador de España.

Esta es la razón de que vosotras, mujeres españolas, os reunáis aquí para formaros, para que seáis después los paladines que llevéis a los últimos rincones de España el ideario de una política que es una manera de ser, de una política que es una revolución en nuestras costumbres, en nuestras vidas, y que por ser revolución, por entrañar servicio y sacrificio, abre los brazos a las Juventudes, que son generosidad y son virtud, porque en los troncos retorcidos y añosos se ha agotado ya la savia de la generosidad y del sacrificio.

Yo quisiera colaborar a estas lecciones que recibís, haciendo una síntesis de nuestra política, para deciros, aunque tal vez muchos me lo hayan escuchado, que nuestra política se basa en verdades eternas que nosotros no hemos inventado, que, como véis, se cae, como éstos torreones, de vieja.

Nuestra política se apoya en estas tres verdades: Primero, en los principios de la Ley de Dios, indiscutibles para cuantos nos llamamos católicos; segundo en el servicio de la Patria, inseparable de la existencia de la propia nacionalidad, y tercero, en el bien general de los españoles, postulado indeclinable de todo política.

Si esto es así y si nadie puede discutirlo, ¿por qué se hostiliza cobardemente a un régimen y a una política que no se apoya más que en estas tres verdades? Os lo diré en dos palabras. Porque hemos quitado las caretas, porque han quedado al descubierto los intereses de la vieja política liberal, en que no se militaba en este o en el otro partido, porque no le importaba a nadie el ideal, sino el interés bastardo, la ambición o el odio. Por eso, cuando hablamos de una política que se basa en esos tres principios que os he dicho, sólo ven la ejecución de la revolución económico-social que puede afectar a sus intereses e intentan ponerse una nueva máscara, y que unas veces son residuos de los viejos partidos disueltos y otras máscaras más viejas todavía.

Y digo esto, porque quiero que vosotras, que vais a llegar a los hogares campesinos, que vais a predicar en los barrios de las ciudades a las futuras camaradas, podáis decirles estas dos palabras en que se encierra nuestro programa social; pertenecen a los Mandamientos de la Ley de Dios: Ama a tu prójimo como a ti mismo, que para nosotros significa hacer en nuestro lugar lo que deseáramos en el caso del prójimo.

Yo deseo que desde hoy os acompañe en vuestras tareas la evocación de aquella Reina que, por ser ejemplar para todos, es hoy espejo de las mujeres españolas; y que en esta misma tierra castellana, en la que galoparon recio los caballos del Cid, que pisaron suaves las sandalias de vuestra Patrona, la Santa de Avila, y que recorrió en su trajinar guerrero la más grande de las Reinas, encontréis la inspiración para hacer comprender a nuestra generación aquel testamento glorioso y sus tres mandatos: el amor a los pueblos de América, la integridad del territorio patrio y el espacio vital para nuestra España; que si aquellas generaciones lo olvidaron, a la nuestra le corresponde ejecutar.

(Del discurso del Caudillo en Medina.)